

Gabriel (a): excesos lexicales y nuevos sentidos

Pedro Artieda Santacruz

Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador
partieda99@yahoo.com

Recibido: 01 de noviembre 2019 / Aprobado: 21 de diciembre 2019

Resumen

En su último trabajo literario, *Gabriel(a)*, el escritor ecuatoriano Raúl Vallejo (Manta, 1959) retoma una de sus grandes obsesiones que ha caracterizado su ficción desde los años 90 del siglo XX: la diversidad sexual. Otra vez enfatiza en el deseo “transfemenino” (hombres que se identifican con las construcciones culturales acerca de la condición femenina), pero ya no desde los márgenes, sino desde la incorporación de esta identidad en una sociedad normada que se resiste a las metamorfosis culturales. Las tensiones, entonces, siguen vigentes; sin embargo, el destino para quienes escapan de la hegemonía heterosexual ya no es la muerte como fue durante siglos, desde los primeros relatos de la Conquista. Los protagonistas de la centuria pasada, violentados o asesinados como la Manuela de José Donoso (Chile) u otras divas *trans* de autores como Pedro Lemebel (Chile), se resignifican en *Gabriel(a)*, quien forja una relación con un personaje heterosexual (Miguel) que fractura igualmente los estereotipos con respecto a la masculinidad. *Gabriel(a)*, una propuesta política que plantea repensar el lenguaje que durante siglos ha excluido los léxicos con respecto a la diversidad sexual.

Palabras clave: Ecuador, novela, diversidad sexual, trans, transfemenino, *queer*, masculinidad, lenguaje, léxicos.

Abstract

In his last literary work, *Gabriel (a)*, the Ecuadorian writer Raúl Vallejo (Manta, 1959) takes up one of his great obsessions that has characterized his fiction since

the 90s of the twentieth century: sexual diversity. Once again, he emphasizes the “trans-feminine” desire (men who identify with cultural constructions about the feminine condition), but no longer from the margins, but since the incorporation of this identity in a normed society that resists cultural metamorphosis. The tensions, then, remain in effect; nevertheless, the destiny for those who escape from heterosexual hegemony is no longer death as it was for centuries, since the first stories of the Conquest. The protagonists of the past century, violent or murdered such as the Manuela de José Donoso (Chile) or other trans divas of authors such as Pedro Lemebel (Chile), resignify themselves in *Gabriel (a)*, who forges a relationship with a heterosexual character (Miguel) which also fractures stereotypes with respect to masculinity. *Gabriel (a)*, a political proposal that proposes to rethink the language that for centuries has excluded lexicons regarding sexual diversity.

Keywords: Ecuador, novel, sexual diversity, trans, transfemenino, *queer*, masculinity, language, lexicons.

Pocas veces han sido puestos en escena los deseos de las personas *trans*¹ en la narrativa ecuatoriana y latinoamericana. Antes de que las naciones se conformaran y durante muchas décadas después no hubo palabras para describir esta condición de la diversidad sexual; por lo cual la palabra sodomita o más tarde los términos peyorativos homosexual o marica, entre otros, sirvieron para describirlas, para enfatizar en sus deseos considerados abyectos. Más que aquellos hombres o mujeres excluidos por haber elegido a alguien de su propio sexo para desplegar su erotismo, fueron marginados quienes dieron cuenta de que su identidad de género no se ajustaba a la biología de su cuerpo. La condena fue, sobre todo, para los hombres *transfemeninos*² que han expuesto una excesiva corporeidad fuera de toda norma: pronunciados bustos, platinadas pelucas, interminables pestañas, labios de fuego... Identidades femeninas que han fascinado a varios autores ecuatorianos y latinoamericanos, entre ellos Raúl Vallejo: “El lápiz de labio enciende su boca convirtiéndola en un puchero de fuego; las pestañas postizas alargan su mirada y dan a los párpados cierta sensación de ventanas caídas. Echa una última mirada al maquillaje y se arregla con el meñique algunos polvos demás sobre una ceja” (Vallejo 2005, 167), escribe en su cuento “Volverán las oscuras golondrinas” (1986) al concebir a La Abusadora, uno de sus personajes *trans* que viven en la marginalidad callejera, experimentando la persecución y violencia; al igual que otros tantos como Cristina o Nathalie, creados años más tarde en esa obsesión por representar aquellos deseos que han ampliado las grafías del lenguaje.

Cuerpos-textos que el autor resignifica en su última propuesta *Gabriel(a)* (2019), en la cual su protagonista *transfemenino* tiene un destino diferente, lejos de la muerte, las calles o el exilio, a pesar de aún padecer la agresividad de su entorno y habitar en un mundo precario (Butler); reflexionando en torno a aquellas poblaciones que viven en constante amenaza entre las cuales se encuentran, de la misma forma, mujeres, migrantes indocumentados y otras minorías en desamparo. Es así como Vallejo construye una suerte de heroína que atraviesa un territorio cargado de obstáculos y abismos a los cuales consigue eludir. Pero si bien este escritor es quien más desarrolla en el Ecuador esta fascinación por la condición femenina en cuerpos no asignados por la cultura, las representaciones de estos hombres que han puesto en jaque

1 En este análisis se utilizará el término *trans* para referirse a las personas que se encuentran en tránsito de uno a otro sexo y/o género, por medio de una vestimenta específica o del uso de prótesis o de procesos de reasignación sexual, aunque las palabras que se han utilizado durante más de un siglo han sido travesti y transexual, respectivamente. El uso del vocablo *trans* alberga connotaciones reivindicativas, pues la palabra travestismo, ideada sin cargas negativas en 1910 por el médico y activista alemán Magnus Hirschfeld para dar cuenta de una variación de la sexualidad (*Los travestidos: una investigación del deseo erótico por disfrazarse*), ha sido utilizada durante más de un siglo de forma condenatoria como sucedió con la palabra homosexual desde su creación en 1869 por parte de otro activista, Karl-Maria Kertbeny. El vocablo transexual, por su parte, ha estado ligado con una condición de enfermedad o patológica.

2 Al igual que el término *trans*, la palabra *transfemenino* no se encuentra registrada en la RAE; sin embargo, es utilizada por los colectivos de la diversidad en torno a aquellos hombres identificados con lo femenino. La situación contraria es lo *transmasculino*.

la hegemonía heterosexual están presentes en la ficción latinoamericana desde sus inicios, cuando se impuso el castellano como lengua oficial. Las primeras crónicas de Indias evidencian ya estas otras “feminidades” o “masculinidades”, si se quiere; pero claro, en un extremo entorno de violencia en la cual los deseos son silenciados, hecho que se convierte en una suerte de tradición en la literatura de la región. Una escritura que no formó parte de la rigidez de la Corona. Varios relatos exponen el “lugar” que se otorgó a los indios con “excesos” femeninos. De la misma forma, varios momentos de la historia de Vallejo se entrelazan con los relatos de las grandes divas *trans* de la ficción latinoamericana como la Manuela de José Donoso (*El lugar sin límites*, 1966) o la Loca del Frente de Pedro Lemebel (*Tengo miedo torero*, 2001).

Lo(a)s primero(a)s abuelos de Gabriel(a)

El cuerpo es un texto: su deseo, sus actitudes, su vestimenta, sus accesorios... hablan. Un hombre o una mujer que no se comportan o visten como las sociedades y culturas donde habitan han determinado, quiebran normas “fundamentales” que, como bien ha demostrado la creación literaria y el desafortunado periodismo amarillista, conducen a todo tipo de violencia, incluida la muerte física y social.³ En un estudio sobre la población *trans* en Buenos Aires, citando al sociólogo francés Emile Durkheim, Laura Zambrini explica con claridad la importancia y el impacto del vestuario en las sociedades normadas o más precisamente *heteronormadas* (otro término fuera del lenguaje oficial alusivo a las sociedades regidas por la heterosexualidad): “La relación entre el cuerpo y el vestir es una relación social, sustentada a partir de cuestiones morales e históricas... los cuerpos de los sujetos que van en contra de ciertas convenciones culturales... resultan potencialmente transgresores... Por lo tanto, conllevan la posibilidad de convertirse en ‘molestos’ de acuerdo al entorno social en que se encuentren porque la transgresión de códigos y normas culturales suele provocar sanciones sociales” (Pecheny, M., Figari, C., Jones, D. 2008, 123-24).

El vestuario (que bien simboliza el deseo), entonces, resultado de convenciones culturales, es condenado ya desde el siglo XVI en esta “falta” de correspondencia cultural. En el que probablemente constituye el primer episodio registrado en los escritos españoles que muestra esa condena a la otredad *transfemenina*, se advierte con claridad el imposible lugar para la diversidad. En 1513, Francisco López de Gómara narra cuando Vasco Núñez de Balboa y su batallón, en pos del descubrimiento de “la mar del Sur”, apresan al hermano del monarca del pueblo de Cuareca (entre las actuales Colombia y Panamá) que vestía prendas femeninas y asesinan a medio

3 En la que podría considerarse la primera novela con personajes *trans* de América Latina, publicada en México en 1906 bajo el seudónimo de Eduardo Castrejón; es decir, bajo el anonimato (nada es casual), Estela, una de las protagonistas y novia de un hombre *transfemenino* (*Mimi*) con quien ha termina su relación tras descubrir su condición, alude directamente a este tipo de desaparición: “¡Ah!, pero su muerte civil será eterna; en mi alma ruge la venganza, una venganza muy grande que reduzca a la impotencia al impostor que erigió en lo más profundo de mi alma una pasión insensata!” Véase: Eduardo Castrejón, *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*. (México: UNAM, 2013), 81.

centenar de personas de la diversidad, luego de haber eliminado al cacique Torecha y decenas de pobladores:

Aperreó Balboa cincuenta putos que halló allí, y luego quemólos, informado primero de su abominable y sucio pecado. Sabida por la comarca esta victoria y justicia, le traían muchos hombres de sodomía que los matase. Y según dicen, los señores y cortesanos usan aquel vicio, y no el común; y regalaban a los alanos, pensando que de justicieros mordían los pecadores; y tenían por más que hombres a los españoles, pues habían vencido y muerto tan presto a Torecha (cacique que gobernaba Querequa o Cuareca) y a los suyos (López de Gómara 2003, 70).

Según otro cronista de la época, Pedro Mártir de Anglería, los muertos, al igual que el hermano del rey, “iban vestidos como mujeres y de acuerdo con los relatos de los vecinos compartían la misma pasión” (Palacio, 2010). Mártir de Anglería hace referencia a la muerte de 40 de ellos. Cómo se advierte en las narraciones iniciales de Raúl Vallejo, personajes similares son presa de los peores castigos que se inician con la persecución y terminan con la tortura y la muerte. Su destino es el mismo tras no lograr superar los obstáculos de sus entornos. Sus primeros “textos *trans*” relatan esa violencia: “...Lorena, el moreno que trabajaba en la esquina de Lizardo García y Almagro, apareció luego de cuatro días de no haber dado señal de existencia. La última vez que lo vieron había subido a un *Trooper* plomo, vidrios ahumados, sin placas, con cuatro jovencitos... Esa noche, el mismo carro...se detuvo al salir a Almagro; alguien abrió la puerta... un pesado fardo cayó arrojado sobre la vereda. Tenía el rostro hinchado y manchas de sangre sobre el bluyín, la blusa desgajada y moretones en el pecho. Lorena se quejaba guturalmente ante la mirada atónita de la gente que empezó a arremolinarse junto a él” (Vallejo 1998, 142-43).

Vale precisar que la censura alude sobre todo a lo femenino. Es decir, a una condición que para los europeos y el patriarcado ha estado a nivel inferior de lo masculino (problemática no superada aún), situación que en las sociedades de los Andes tenía otras connotaciones, como bien explica Michael J. Horswell al reflexionar en torno a la figura del “*chuquichinchay* o *apo* de los otorongos” (2013, 12), una suerte de dios de los indígenas de dos géneros, cuyos asistentes vestidos con ropas del sexo contrario representaban rituales que ocasionalmente incluían prácticas eróticas: “Los españoles vieron a los sujetos pertenecientes al tercer género como peligrosamente ‘excesivos’ dentro de una economía escritural, en la cual un sistema de género binario era privilegiado. Para remover estos excesos, sus cuerpos eran inscritos como moralmente enfermos y degenerativos al cuerpo social colonial” (2013, 35).

Es necesario enfatizar que esta homofobia o *transfobia*, utilizando otro vocablo contemporáneo acuñado por colectivos de la diversidad, tiene su origen en el discurso judeocristiano. Siempre será necesario recordarlo, pues de allí se han derivado muchas condenas planteadas por otros discursos como el jurídico o psiquiátrico. Es irónico leer cómo tras cometer su asesinato masivo, al divisar el mar, Balboa agradece a Dios:

Miró hacia mediodía, vio la mar, y en viéndola arrodillóse en tierra y alabó al Señor, que le hacía tal merced. Llamó los compañeros, mostróles la mar, y díjoles: ‘Veis allí, amigos míos, lo que mucho deseábamos. Demos gracias a Dios, que tanto bien y honra nos ha guardado y dado. Pidámosle por merced nos ayude y guíe a conquistar esta tierra y nueva mar que descubrimos y que nunca jamás cristiano la vio, para predicar en ella el santo Evangelio y bautismo, y vosotros sed lo que soléis, y seguidme; que con favor de Cristo seréis los más ricos españoles que a Indias han pasado, haréis el mayor servicio a vuestro rey que nunca vasallo hizo a señor, y habréis la honra y prez de cuanto por aquí se descubriere, conquistare y convirtiere a nuestra fe católica’” (35).

Como puede advertirse, algunos de los conquistadores sacaban licencia para cometer otros “pecados” a nombre de combatir “el pecado de la sodomía”.

Vallejo dialoga con Donoso y Lemebel

Uno de los grandes clásicos latinoamericanos que ha registrado con fuerza la burla, la violencia y la muerte referida a personajes *transfemeninos*, es indudablemente *El lugar sin límites*, de José Donoso, ambientado en el pueblo de la Estación El Olivo (Chile), cuya protagonista es la Manuela, “un maricón pobre y viejo. Una loca apasionada a las fiestas y al vino y a los trapos y a los hombres” (Donoso 1984, 27); y en el cual gran parte de las acciones se desarrollan en un prostíbulo donde la protagonista trabaja y baila. De la misma forma en que relatan las agresiones los cronistas de Indias, Vallejo y otros autores ecuatorianos y latinoamericanos, Donoso lo hace sobre todo cuando su personaje es asesinado:

No alcanzó a moverse antes que los hombres brotados de la zarzamora se abalanzaran sobre él como hambrientos. Octavio, o quizá fuera Pancho el primero, azotándolo con los puños... tal vez no fueran ellos, sino otros hombres que penetraron la mora y lo encontraron y se lanzaron sobre él y lo patearon y le pegaron y lo retorcieron, jadeando sobre él, los cuerpos calientes retorciéndose sobre la Manuela que ya no podía ni gritar, los cuerpos pesados, rígidos, los tres una sola masa viscosa retorciéndose como un animal fantástico de tres cabezas y múltiples extremidades heridas e hirientes, unidos los tres por el vómito y el calor y el dolor allí en el pasto, buscando quién es el culpable, castigándolo, castigándola, castigándose deleitados hasta en el fondo de la confusión dolorosa, el cuerpo endeble de la Manuela que ya no resiste, quiebra bajo el peso, ya no puede ni aullar de dolor...(Donoso, 69).

Pero si bien la violencia es la problemática que la mayor parte de autores han evidenciado como resultado de las exclusiones sociales y culturales; un tema adicional es compartido por los narradores, a los que se suma Pedro Lemebel a través de su novela *Tengo miedo torero*, ambientada en la época de la Dictadura de Pinochet y en la cual sus protagonistas son Carlos, un insurgente, y un hombre *trans*: “la Loca del Frente”. Se trata de la atracción o la pasión que lo *transfemenino* puede provocar en un heterosexual, prototipo incluso del macho latinoamericano. Raúl Vallejo otorga fuerza a esta temática propuesta ya por Donoso a través del personaje Don Alejo, un

influyente potentado del pueblo que desarrolla una suerte de amor paternal a favor de Manuela; y, sobre todo, al construir un grupo de “machos inteligentes”, reflexionando en torno a aquella inteligibilidad cultural –aludida, asimismo por Butler– que no admite otros cuerpos fuera de los ordenados. “Machos” que desean en medio de una clara ambigüedad sexual el cuerpo de Manuela, situación que únicamente se permiten manifestar a través de las bromas, el juego y las injurias. “Machos” deleitados con ese cuerpo “abyecto” que tienen que aniquilar, para aniquilar así también sus deseos que escapan de la norma: “Dos hombres... comenzaron a reírse de la Manuela, tratando de tocarla para comprobar si tenía o no pechos. Mijita linda... que será esto. Déjeme que la toquetee...” o “Pero ya iban saliendo, la Manuela, Pancho y Octavio, abrazados y dando traspiés... Caminaron hacia el camión estacionado en la esquina. Iban uno a cada lado de la Manuela, agarrando su cintura. La Manuela se inclinó hacia Pancho y trató de besarlo en la boca mientras reía. Octavio lo vio y soltó a la Manuela. –Ya pues compadre no sea maricón usted también...– Si no hice nada... (38). El momento en que Manuela es golpeada-castigada luego del beso con Pancho, quien niega a rajatabla el hecho, la voz narradora incorpora en su relato el ambiguo pero inaceptable deseo cuando sobre los atacantes dice: “castigándose”.

En su cuento “Te escribiré de París”, Vallejo plantea de manera frontal el asunto, rompiendo las tradiciones culturales con respecto a los roles y asignaciones de género, que como tan claramente ha planteado Judith Butler, en el marco del pensamiento *queer*, constituyen producto de construcciones culturales.⁴ Desde la claridad de otra forma de ser masculino, el protagonista (Roberto, un ejecutivo “*susukiclasedmedia*”, casado, con hijos) se siente atraído irremediamente por la indiscutible feminidad de Nathalie, pero también por su cuerpo ambiguo y excesivo: “Hembra y varón a la vez; eso fue lo que me fascinó. Vivir la sensación, al acariciar el cuerpo de Nathalie de la cintura para arriba, que yacía con una mujer hermosa como las soñadas por tantos y, al mismo tiempo, al acariciarlo de la cintura para abajo sin ningún pudor, reconocer que abrazaba a un hombre igual que yo. Convertirme yo mismo en hembra y varón a la vez...” (Vallejo 1998, 138). Roberto no se castiga ni necesita hacerlo; al contrario, tras la partida de Nathalie le invade la melancolía: “...he tratado de no recordarla en estos dos años desde que se fue para no romper el precario equilibrio de mi vida actual...” (120). Acepta su deseo que luego, a través de Miguel, el coprotagonista de *Gabriel(a)* se concreta cuando la relación no queda en la melancolía. Estas son algunas rupturas o puntos de inflexión en la narrativa con personajes *trans* que el escritor ecuatoriano expone.

4 La filósofa estadounidense enfatiza en que los roles o características atribuidas a mujeres y hombres estarían predeterminados culturalmente, sin ser hechos naturales como se los ha querido considerar. Butler aclara que el género es performativo debido a “que es el efecto de un régimen que regula las diferencias de género. En dicho régimen los géneros se dividen y se jerarquizan de forma *coercitiva*”. Véase: Javier Sáez, *Teoría Queer y psicoanálisis*. Madrid: Síntesis, 2008, 140. Su postura constituye la base del pensamiento *queer*, mismo que plantea una resistencia a la normalización; que cuestiona los esencialismos que se han mantenido sobre la sexualidad.

Lemebel, por su parte, narra la íntima amistad de sus protagonistas que también han sacrificado las normas. El cuarentón, “la Loca de Enfrente” y Carlos, un estudiante veinteañero, si bien no establecen una relación amorosa, su vínculo va más allá de la simple camaradería. Salen de picnic y viven una serie de eventos que los van uniendo poco a poco, generándose una relación de complicidad. Carlos, cuyo mayor interés era que su amiga le guardara unas cajas con material insurgente, llega a confesarle, incluso, un secreto de adolescencia: los juegos eróticos con su mejor amigo, un vecino con quien estuvo a punto de tener un encuentro homosexual. La Loca de Enfrente, en cambio, no oculta el amor que llega a sentir por él, al punto de organizarle una fiesta de cumpleaños en la cual los niños del barrio invitados les llaman tío y tía, como si de una pareja se tratase. Y en medio de la “inconsciencia étlica” del veinteañero, el hombre *trans* cumple su deseo: “Con infinita dulzura deslizó la mano entre el estómago y el elástico del slip, hasta tomar como una porcelana el cuerpo tibio de ese nene en reposo... sacándose la placa de dientes, se mojó los labios con saliva para resbalar sin trabas ese péndulo que campeó en sus encías huecas... Es un trabajo de amor, reflexionaba al escuchar la respiración agitada de Carlos...” (Lemebel 2001, 99-100).

Es necesario, no obstante, precisar que los personajes continúan viviendo en sus armarios, estructuras de las cuales no se permiten salir, únicamente darse una suerte de escapadas a lugares clandestinos (Bar Socios, habitación de hotel) o donde pueden estar completamente a solas al aire libre (campo, playa). Fuera de estos closets, sería imposible vivir: “Introducirme en el laberinto de Nathalie y su mundo fue la máxima transgresión que realicé en mi vida pero he sabido controlarla sin dejar que los guardianes de mi paraíso se enterasen de ella” (Vallejo 1998, 146).

Posfeminismo y experimentación lingüística

Gabriel(a): texto neobarroco que experimenta con el lenguaje. Como en anteriores ocasiones, Vallejo irrumpe en la lengua (“Cristina envuelto por la noche”, llama a su relato sobre otro transfemenino en los bordes de la muerte, título en aparente falta de concordancia que necesita romper con el lenguaje para aludir a un cuerpo no inscrito en la cultura) incorporando una serie de neologismos como “feminazi”, “bloquíé” o “amiwis”, tomados, por supuesto, del coloquialismo local; al tiempo que incorpora vocablos-invencciones de los colectivos sexualmente diversos que, como *trans* o *transfemenino*, no se encuentran en la lexicografía oficial: “famidiversa... ¿Qué palabra tenemos que inventar para que no fomenten la homofobia? (171), dice uno de aquellos testimonios –en ese proceso intertextual– aludiendo a que estos juegos lingüísticos, responden a una postura política, sobre todo. Fenómeno al que han acudido algunos narradores en el siglo XX y XXI (Sarduy, Lemebel, Sánchez Baute, entre otros). En estas digresiones acerca del idioma, vale retomar la expresión “feminazi” que alude a la problemática del femicidio; tema que Vallejo vincula en ese proceso de reflexión vinculado precisamente a la violencia de género; a la cual

se suma la violencia contra el posfeminismo expuesto por algunos pensadores y activistas *queer* contemporáneos que cuestionan las tradiciones de ese feminismo hegemónico, del cual se han separado quienes no se identifican con las feministas heterosexuales blancas, como las mujeres de la diversidad. Posfeminismo planteado, asimismo por Vallejo a través de enunciados como “Yo soy mujer con pene” (2019, 76). La deconstrucción de la sexualidad propuesta desde los inicios de la ficción latinoamericana, otra vez se plantea.

Gabriel(a): una reescritura fuera del armario

Cambios culturales, sociales y legales se han producido en los últimos 25 años, tanto en Ecuador como en Occidente. Desde la despenalización de la homosexualidad (1997) hasta la aprobación del Matrimonio Civil Igualitario (2019). Y es en este marco, que se inscribe la historia de Vallejo cuyos protagonistas establecen una relación de pareja, al aire libre, sin esconderse; fuera de aquellos armarios y enfrentando a la sociedad que aún condena, a diferencia del idilio al interior del clóset vivido por Roberto y Nathalie: “El miércoles estábamos con Gabriela mirando vitrinas en La Jardinería. Nos ubicamos en una mesa de Dulce & Café y se nos acercó un mesero, muy educado, que nos dijo: ‘Lo siento, señores, está reservada’... Yo emputecí. La crueldad del prójimo se exagera contra el prójimo que es diferente” (Vallejo 2019, 124). A la voz-queja del personaje Miguel, le sigue la reflexión de la voz omnisciente cuyo lugar de enunciación se aleja de los omniscientes homofóbicos del siglo XX como Gallegos Lara, Rafael Díaz Ycaza o Pedro Jorge Vera. Al incorporar este tipo de reflexiones, esta voz toma claramente una postura a favor de las diversidades, sin ambigüedades. La propuesta de Vallejo es reivindicativa. A estas precisiones suma una serie de referencias periodísticas, suerte de testimonios (sin precisar las fuentes) que constituyen demandas generales de los colectivos de la diversidad: “El matrimonio igualitario no es un privilegio para los gays sino igualdad de derechos. Privilegio sería si los gays no pagaran impuestos como las iglesias” (199).

Asimismo, el autor no deja de lado la presencia de esos machos inteligentes que persiguieron a sus anteriores protagonistas y que niegan parte de su sexualidad (causas: culpas, represiones, paradigmas culturales): “Ahora corre... Esos mismos machos (cuatro hombres que quieren agredir a Gabriela) que en el momento de verte en el paradero del bus eran cuatro mosqueteros de la conquista amorosa: alabaron las curvas de tu cuerpo, te prometieron hacerte feliz en la cama, y uno de ellos hasta quiso casarse contigo por una noche” (26). La violencia de los hombres que asesinaron a la Manuela insiste en permanecer, sin lograr ahora su propósito.

Los personajes del siglo XXI de Vallejo enfrentan, entonces, el entorno; viven a plena luz del día, recorren algunos lugares icónicos del país (playa de Montañita, Centro Histórico de Quito). También visitan el Palacio de Carondelet (en esa intención de traer a colación los primeros encuentros oficiales que han tenido las autoridades con los colectivos LGBTI. “Gabriela estaba excitada con la idea de ver

al presidente y tomarse una foto. También quería decirle que dejara de comportarse como un curuchupa y que apoyara el matrimonio igualitario”) (50) y han simbolizado su unión a través de un anillo. Gabriela y Miguel, además, han decidido convivir a pesar del entorno aún violento. Hay un elemento adicional, muy importante, que rompe con las historias anteriores y que, como una escena irónica, aparece en medio del relato: “No podía cotejar a la chica que conocí en Socios con la muchacha que rezaba en la iglesia con los párpados cerrados. Arrodiada, con las manos juntas, parecía una jovencita de alguno de esos grupos católicos que se han puesto de moda. De perfil, podría ser la Virgen de una estampa” (49). El origen de la homofobia se relaciona con el discurso judeocristiano. Como en el caso de Carondelet, se trataría de la apropiación y uso de los espacios del poder vetados para los colectivos de la diversidad, principalmente para las personas *trans*. A esta lectura se agrega otra: la normalización de un cuerpo que vive fuera de norma. La mujer convertida a la espiritualidad cristiana, paradigma del siglo XIX en las ficciones del siglo XIX. De esta forma, en medio de su propuesta irreverente, Vallejo desliza una postura conservadora. Romántica, incluso.

A través de esta historia, entonces, el autor reescribe sus ficciones del pasado, solucionando problemáticas, otorgando giros a sus personajes y planteando otro destino para los deseos *transfemeninos*. La imagen de la camioneta Chevrolet Luv en la que se encuentran los hombres que quieren golpear a Gabriela lleva a pensar en el *Trooper* del cual se arrojó el cuerpo de Lorena, quien no pudo, entonces, reaccionar; ahora Gabriela ha lanzado una pedrada contra el vehículo y cuando uno de los perseguidores está por atraparla “sacas el gas pimienta y se lo rocías en el rostro” (28). Otro quiebre: durante el siglo XX, personajes como Gabriela se dedicaban a la prostitución: la Abusadora, Nathalie, Lorena... Su vida estaba en juego todas las noches en las zonas rojas de las urbes. Ahora Gabriela es profesional. Ha estudiado comunicación y, en ese camino heroico, logra trabajar en una radio como locutora, no sin antes ser discriminada en otro medio de comunicación.

El bar Socios, espacio al que acuden Roberto y Nathalie, es hoy el sitio donde Miguel (otro ejecutivo, por cierto) conoce a Gabriela. El lugar ha mudado de significado: “...ese bar de La Mariscal al que los editorialistas de la prensa, empeñados en defender la decencia y las buenas costumbres, llamaron, en alguna ocasión, antro de pervertidos” (101). Pepe Bruno, el dueño del lugar, nuevamente es puesto en escena, ahora más viejo y con “la salud maltrecha” (105). En aquel proceso de intertextualidad, tan característico en muchas obras de la ficción desde hace siglos, en el cual los autores, en suerte de homenaje a otros escritores o apoyando sus enunciados en voces pasadas, Vallejo trae a colación su cuento “Te escribiré de París” en el cual la protagonista que estableció esa relación imposible con Roberto emigró a París, ciertamente destino de muchas personas *trans* de América Latina durante la últimas décadas del siglo XX: “Socios había reabierto años después de que su dueño, Pepe Bruno, fuera herido por un perturbado y celoso malandrín que le disputaba a

un ejecutivo, cobardón en los lances de los amores contrariados, el corazón de una muchacha transgénero. Se llamaba Nathalie y, desde que se hubo marchado a París, nunca se supo más de ella” (109). Proceso intertextual necesario, en este caso para concluir-solucionar-resignificar una historia anterior, ante la urgencia de continuar produciendo nuevos léxicos y sentidos en la condición humana.

Bibliografía

- Butler, Judith. 2006. *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.
- . 1997. Butler, Judith. *Lenguaje, poder e identidad*. Madrid: Síntesis.
- Castrejón, Eduardo. 2013. *Los cuarenta y uno: novela crítico-social*. México, UNAM.
- Donoso, José. 1984. *El lugar sin límites*. Barcelona, Bruguera.
- Lemebel, Pedro. 2001. *Tengo miedo torero*. Barcelona, Anagrama.
- López de Gómara, Francisco. 2003. *Historia general de las Indias*, Biblioteca Virtual Cervantes. En www.biblioteca.org.ar/libros/92761.pdf
- Horswell, Michael J. 2013. *La descolonización del “sodomita” en los Andes coloniales*, Quito: Abya-Yala.
- Mondimore, Francis Mark. 1988. *Una historia natural de la homosexualidad*: Buenos Aires, Paidós.
- Palacio, Roberto. 2010. *Pecar como Dios manda: historial sexual de los colombianos*. Bogotá: Planeta.
- Pecheney, M., Figari, C., Jones, D., (comp.). 2008. *Todo sexo es político. Estudios sobre las sexualidades en Argentina*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Raúl Serrano Sánchez, ed. 2013. *Cuerpo adentro. Historias desde el clóset*. Quito: Ministerio de Cultura.
- Vallejo, Raúl. 2019. *Gabriel(a)*. Bogotá: Random House.
- Vallejo, Raúl. 1998. *Fiesta de solitarios*, Quito: Libresa.
- . 2005. *Máscaras para un concierto*. Quito: Eskeletra.
- www.rae.es